

D

Desde anclajes históricos comunitarios se aboga por un concepto evolutivo de identidad cultural como producto de las interrelaciones sociales efectivas en un espacio territorial. Se subrayan contradicciones en la construcción histórica comunitaria vasca en claves de continuidad comunitaria y discontinuidad institucional, economía exitosa y supervivencia cultural, dependencia y resistencias. Se propugna un comunitarismo de respuestas integrales.

Palabras Clave: Identidad cultural. Identidad vasca. Identidad vasco-navarra. Construcción cultural. Construcción nacional vasca. Comunidad. Sociedad civil. Comunitarismo.

Una comunidad cultural no necesariamente deviene en comunidad nacional pero suele ocurrir que los obstáculos históricos excluyentes para la construcción cultural de una comunidad a veces, y junto a otros factores como la erradicación de instituciones, suelen derivar en procesos reactivos de construcciones nacionales en la medida que van ganando la voluntad ciudadana.

1. La identidad vasco-navarra en construcción

Benedict Anderson (1983) definía la nación como una comunidad imaginada sobre algunos fundamentos materiales e inmateriales, entre los que el componente cultural, sea heredado –más presente en el nacionalismo oficial europeo– o construido –más presente en el llamado nacionalismo criollo– es constitutivo y central. Su reproducción y renovación –por la industria cultural, los media y los artefactos culturales como las narraciones, las noticias que congregan, referentes como la prensa o la pantalla, los mapas que certifican, los censos que agrupan el Nosotros, los museos que guardan e interpretan...– construyen la comunidad nacional y la conciencia de sí sobre un espacio. Desde ahí las prácticas culturales institucionalizan los imaginarios sociales que la cimientan.

Desde esa conciencia nacional, una comunidad se tiene a sí misma por definible y reconocible, como parte de la diversidad universal, y busca ejercer o intentar ejercer soberanía en distintos aspectos de la vida.

Claro que Anderson estaba pensando en comunidades homogéneas. Y además una construcción nacional va más allá de una cuestión nacional confrontada al Estado, en términos de Nosotros y Ellos, para interpelar al conjunto de sus mimbres sociales internos. No hay construcción nacional sin construcción social interna. En nuestro caso, el análisis comunitario/ identitario y la referencia nacional siendo dos de los hilos conductores centrales de nuestra sociedad, son insuficientes para dar cuenta de la complejidad cultural, y lleva a simplificar los hilos diversos que la configuran a lo largo de la historia, ideologizando y esquematizando el sentido de pertenencia al coexistir referencias cultural-lingüísticas diferentes y sentidos de pertenencia nacional encontrados.

Ciertamente la sustitución del enfoque racialista por el etnicista (cultura y lengua) fue un avance respecto a la definición de comunidad vasca o vasco navarra pero insuficiente en tanto identificaba territorio/país y arquetipo de identidad colectiva, ambos como Euskal Herria. Y no resolvían su búsqueda ambigüedad la fórmula del Pueblo Trabajador Vasco de los años 60/70 –unas veces como descripción objetiva sobre el que vive y trabaja en Euskal Herria y otras exigiendo además la voluntad de pertenencia– ni tampoco la fórmula de las dos caras –la cuestión nacional y la cuestión social– de una misma moneda tan común en las izquierdas nacionales.

Una muestra del enfoque de antropología selectiva y esquemática porque pone el foco en la comunidad primigenia, pensada de forma homogénea, e identificable con el territorio de Euskal Herria –Euskal Herria sería el pueblo que se expresa en euskera en el país llamado por ello Euskal Herria– está también en los primeros epígrafes del *Libro Verde del (de los) territorio(s) de Vasconia. Mapa conceptual y diagnosis participativa. Eusko Ikaskuntza*– aunque luego le superponga por acumulación capas de complejidad a lo largo del texto. Es de esperar que para el Libro Blanco se afine.

Un sentido constructivo de **nación política cívica** que, obviamente, tiene sus principales anclajes en la historia y la herencia lingüística y cultural más reconocible, pasa también: por la consideración de los grupos, géneros y clases como

expresión del tejido económico y social del país real; por el reconocimiento como contribuyentes constituyentes de los aportes culturales y sociales de las inmigraciones interiorizadas a lo largo de la historia; por la historia de los territorios con su configuración institucional y jurídica diversa; por los marcos y efectos de la estatalidad en dependencia que ha impregnado conductas desde el medioevo; y por las ciudadanía como sujetos decisorios y constructores de espacios públicos y de instituciones legítimas. O sea, se trata de casar realidades describibles y discurso para que éste pueda ser compartido por las distintas experiencias de la ciudadanía vasco-navarra.

Toda nación se suele representar como una simplificación de atributos estándar pero que se la vea así no quiere decir que sea un puro constructo mental sino un mix interrelacional de herencia comunitaria, tanto material como inmaterial, de economía y sociedad con sus grupos sociales y subculturas y de ciudadanía decidiendo de manera regular incluso en marcos de dependencia. La definición cultural no se deriva solo de una comunidad primigenia idealizada sino que es un ámbito en proceso de construcción social y relacional que si no prospera resultará inviable la construcción nacional.

La identidad colectiva diferenciada no es un patrón sino un resultado de las interacciones sociales. Cuanto más se aleje su descripción de las realidades vividas menos cohesión generará. La cohesión no puede ser la extensión social de un estándar asimilador sino el producto de las aportaciones del conjunto de colectivos que de ese modo se sentirán parte de un patrimonio común aunque, sin duda, la legítima tensión de las hegemonías en pugna por liderarlo, en ningún caso deberían pasar por la exclusión, la incomodidad o la subalternidad de nadie.

Con ello se quiere decir que desde la construcción de la **nación política** –con o sin Estado– en nuestro caso, será posible y necesaria la reconstrucción de la **nación cultural** que es la más difícil de construir en la era digital y quien a la postre le dará más sentido.

2. Algunos desajustes comunitarios

En nuestro caso y lamentablemente hay lagunas en la secuencia de reproducción cultural y comunicativa como la que han dispuesto las naciones que se construyeron desde el Estado. En nuestro caso, aunque se dio un importante desarrollo de la

prensa en castellano, la arquitectura civil, espectáculos en urbes, ... es claro el mayor desarrollo de la cultura popular (comunitaria, oral, ritual, de espacio público, ...) respecto a la cultura culta o vinculada a la industria cultural de masas (tuvo poca incidencia la cultura escrita en euskera) y desde finales del XIX buscó ser un mecanismo de compensación que, a la postre, hizo que el espacio público fuera más popular que institucional.

Desde mediados del XIX hasta recientemente ninguna clase social puso el foco en una construcción cultural a la altura de los retos de la modernidad. Y en especial se pagó con el deterioro de la inculturación en euskera, aunque no solo. Nuestra alta burguesía fue de vocación española y, a diferencia de la catalana, poco amante de la cultura y sí de la ostentación; las instituciones políticas dependientes eran del mismo tenor con el matiz de la presencia de unas burguesías y pequeñas burguesías vasquistas más próximas a la respiración social, sea rural, sea urbana; una clase trabajadora centrada en su problemática y con pálpitos distintos según procediera del ámbito interno –rural o urbano– o de la inmigración que, dado su tamaño, a falta de protección institucional de la cultura del país, castellanizó las relaciones sociales; una clase *baserritarra* encerrada en su espacio rural.

Ha habido hasta recientemente lagunas para la inserción en la modernidad como pueblo culto y con idioma propio. Esa tendencia se agravó al caer en una mayor dependencia tras la crisis del Antiguo Régimen en el momento que se conformaron las naciones (fines del XVIII, principios XIX) aunque la secuencia política y militar fuera distinta en Hegoalde y en Iparralde. Por qué se tuvo un importante desarrollo económico en la segunda mitad del XIX también puede explicarse aunque sean distintas la historia de Bizkaia y Gipuzkoa, a las de Araba y Nafarroa, y ya no digamos a la de Iparralde.

No es el lugar para analizarlo con detalle pero sí cabe constatar el **complejo desarrollo desigual** que tuvo lugar en la dialéctica de los cuatro parámetros centrales que configuran una formación social: economía, instituciones, sociedad y comunidad cultural. Desde ahí podrá caracterizarse la comunidad, sea por su continuidad o por puntos de inflexión y roturas; sea por su expansión y sostenibilidad en épocas o por la mera supervivencia, deterioro o inviabilidad; sea por su fortaleza o su vulnerabilidad; sea por su grado de soberanía o por su dependencia, ...

Desde ese punto de vista caben constatar cuatro vectores centrales compartidos en buena medida por toda Euskal Herria y que nos remiten a la cultura y la comunicación.

Primero. Es una rareza histórica la existencia de una lengua isla pre-indoeuropea en el entorno europeo y la permanencia de su comunidad hablante, a pesar de graves y trágicos avatares históricos (Torrealdaí 2018) así de cómo de su economía abierta. Junto a los rasgos relacionales comunitarios está en la base de una **historia propia** hasta la actualidad a pesar de haber entrado en dependencia en fechas tempranas.

La explicación es que en las épocas oscuras, se ha mantenido la **especificidad cultural, la continuidad y el auto-reconocimiento** en el espacio público relacional popular así como, sobre todo, en el ámbito doméstico como lugares de resistencia, en contraste con el sistema institucional vasco-navarro, incluso en el Antiguo Régimen, de las elites gestoras, aculturadas y adaptadas al sistema político del centro español –Juntas Generales de Bizkaia, Cortes y Virreyes de Navarra hasta 1841, ...– ciertamente no sin conflictos con el Estado y con cierta proximidad relacional con el pueblo llano. De esa especificidad y de esa intervención social sobre el espacio público, incluso sobrepasando a las instituciones, se derivarán una rica cultura popular con dinámicas propias, una experiencia de empoderamientos colectivos importantes para invertir o subvertir situaciones y una conciencia del valor de la iniciativa personal y la asunción de riesgos para no pocos emprendimientos y empresas.

Esto último lo facilitó la institución del mayorazgo, como protectora patrimonial y de la unidad económica y social que fue el caserío, que expelía numerosos segundones que marchaban **en busca de oportunidades** hacia actividades fuera de la agricultura, ganadería y bosque tales como la manufactura, pesca, armas, buques, minas, siderurgia, ferrería o la inmigración. Se conformó un capital humano que nutrió el crecimiento acelerado de múltiples villas, oficios variados, conventos, seminarios, servicios a la Corte y Las Américas. Euskal Herria aprovechó el libre comercio sin aduanas –salvo en *puerto seco*– y una economía abierta al mundo (Flandes, Inglaterra, Terranova, América, ...) para ganar en competencia y aprendizaje en el campo de las manufacturas y comercio como experiencia económica colectiva y adaptativa. Todo ello preparó una acelerada

entrada en la industrialización. En la actualidad esa mezcla de tradición, creatividad y fusión continúa en actividades diversificadas, se expresa desde la máquina herramienta, la energía eólica o los medios de transporte a la cocina de gourmet o el I+D+i. También aprovechó la experiencia institucional de las elites en el Antiguo Régimen y el sistema de Juntas Generales para conformar gestores públicos. Sin embargo, la alta burguesía vasca, enriquecida con minas, transporte y siderurgias, apostó a finales del XIX por una economía protegida y dependiente de la lógica del mercado español y de su regulación en tanto lideraba finanzas e industrias, junto a Catalunya, en lo industrial.

Es por ello que hemos tenido una sociedad civil rica, influyente y decisiva en no pocas épocas de nuestra historia. Por su parte la presencia de una cultura culta estuvo más presente en arquitecturas y destrezas tecnológicas que en artes literarias, visuales y musicales.

Segundo. Puede ser discutible cuándo y dónde la dependencia fue forzada o pactada y cuánto tuvo de guerras civiles internas o de defensa externa porque ello depende de territorios.

A modo de hipótesis cabe caracterizar que el pasado está marcado por fuertes contrastes: una **continuidad comunitaria** y una **discontinuidad institucional**; una **sostenibilidad económica** y una **supervivencia cultural**; la **vulnerabilidad en muchos planos** y con una **dependencia acentuada** a partir de la pérdida foral pagada a con sangre en el XIX; una **reinstitutionalización tardía en el siglo XX en claves de autonomía** en un marco acotado de dependencia más o menos pactada (1936/1937 y 1979 en adelante) dentro de unos límites constitucionales impuestos, pero con defensas (1936/37) o resistencias (1962/2011) incluso armadas.

Tercero, es una **comunidad políticamente autorreferencial**, pero con opiniones públicas propias, más acentuadas en Hegoalde, donde se sitúan cada vez más en los márgenes electorales las corrientes políticas de ámbito español que no partan de un concepto de capacidad autodecisional, y ello independientemente de la larga presencia de un concepto nacional híbrido vasco-navarro y español en una mayoría de la población. O sea una comunidad cultural, relacional y simbólica compartida con sociedades distintas y específicas en marcos jurídico-políticos distintos pero en conexión y que verían con muy buenos ojos coordinaciones y acuerdos.

Cuarto, todas ellas –CAE, Navarra, Iparralde– han **superado las pulsiones fracturantes internas** por referencias idiomáticas o culturales –las llamadas “dos comunidades”– que a veces agitan algunas formaciones políticas. La comunidad se identifica como tal, construida desde subcomunidades con competencias lingüísticas y orígenes diversos pero permeadas. Pero mientras en la CAE no se producen problemas de convivencia por ese motivo, sí se producen en Navarra donde se está lejos de un *fair play* por el carácter reaccionario y fobia antivasca de la derecha navarra. En cambio, en CAE y Navarra solo hay polarización en lo político por razones de percepción nacional, de sentimiento sobre responsabilidades sobre las violencias desde la Transición y todo ello cruzado con el lugar social y de clase, lo que afecta a proyectos de futuro: normalización lingüística, transmisión, conciencia colectiva, autogobierno,... En Iparralde están en la experiencia de la institucionalización compartida y la inculturación.

En suma, en el caso vasco-navarro hay una gran riqueza histórica de construcción cultural por la base popular, pero eso resulta insuficiente ya desde el siglo XIX para las construcciones culturales en la modernidad para las que, además, son imprescindibles un sistema institucional cultural y educativo que asegure la continuidad e innove y un sistema mediático autorreferencial capaz de sostener una opinión pública propia.

3. Tradiciones de filosofía política y el enfoque para una construcción nacional en la era digital: nota

El liberalismo centrado en el Estado (Hobbes) o en los derechos individuales (Locke) tuvo que bregar en su momento con otros campos que habían quedado fuera de foco como la Justicia como equidad (Rawls) o la existencia de comunidades. Así Will Kimlicka propugnaba el multiculturalismo liberal con defensa moral y legal de derechos colectivos de las minorías nacionales en los estados plurinacionales o de los derechos de las etnias inmigradas en los estados multiculturales que ya son casi todos los estados.

Por su parte el comunitarismo centrado en las comunidades como fragua de cultura común y socialidad, fue una réplica

tanto a la visión liberal individualista y homegeneizadora como a los modelos democráticos abstractos de contrato social como cesión a una voluntad general. Sin duda su ideario era democrático (Taylor, Walzer,...) e ilustrado (Herder, Goethe,...). El nacionalismo defensivo se ha basado en parte en él.

Y sin embargo la tradición comunitarista puede casar con la tradición democrática republicana (Rousseau, Tocqueville,...) así como con las ideologías con acento en la igualdad (tal y como ya teorizaron, por ejemplo en ERC, en la etapa de Carod Rovira). Algo así como un soberanismo republicano centrado en la construcción nacional, democrática y social desde la ciudadanía como sujeto activo con sus derechos y como fundamento del poder, así como con una lógica igualitaria precisamente para hacer comunidad. Ello puede ofrecer tanto una nueva luz sobre el lugar social de la cultura y la comunicación con enfoques más integradores que asimilacionistas –por partir de la comunidad misma tal cual es– como por dar pie al protagonismo de la sociedad civil y a la democracia representativa y participativa.

De hecho en la era del conocimiento y la globalización se da la doble contradicción de que la cultura y la comunicación tienen vocación de centro de la nueva época, llevando el saber más allá de las tecnologías; pero, por otra, no todas las culturas son iguales ante las redes, puesto que las culturas centrales y de los grandes idiomas y los países con mejores focos tecnológicos e historial de oferta audiovisual o de videojuegos multiplican sus oportunidades frente a las pequeñas.

En efecto las amenazas homogeneizadoras son más fuertes que nunca por incidencia de las redes protocolizadas a escala planetaria que benefician el poder comunicativo de las culturas centrales a pesar de que las minorías y las culturas subalternas están más comunicadas pero también más expuestas. Estando concentrados redes y servicios, investigación y contenidos especialmente en las transnacionales tecnológicas y de contenidos USA, el efecto es el desgaste de la diversidad cultural. En el interior de cada país la proporción de la producción ajena y multinacional es exponencialmente superior a la propia e interna. Se reproducen hegemonías culturales que refuerzan unos espacios culturales e identidades a escala mundo. Los riesgos de diglosia digital para los idiomas minoritarios se multiplican.

Siendo la diversidad un principio desarrollable e inacabado afronta así nuevos retos:

- por el salto cualitativo de las comunicaciones en la era internet que a falta de reglas favorece a las empresas, culturas y lenguas centrales;
- por la emergencia de una clase global transnacional y unas elites políticas subordinadas;
- por el crecimiento de las posiciones xenófobas en el mundo que van disciplinando incluso a las corrientes convencionales de los Estados de Derecho en medio de una oleada de desplazamientos humanos fruto de la desigualdad y la violencia en el mundo.

De todos modos como réplica afortunada a las anteriores tendencias, también son tendencia aunque acotada, los procesos de exigencia de democracia participativa y la lucha por el autogobierno con la emergencia de sujetos comunitarios activos que hacen valer sus derechos con sede territorial en algunas partes del mundo.

Con ello se quiere decir que, vistas las amenazas de la era digital, poner en común la defensa de la cultura y la comunicación propias en el marco de unos escenarios de cultura abierta planetaria es un requisito colectivo que abona las tesis que miran al futuro en clave colaborativa y constructiva interna, más allá de las percepciones ideológicas o de los enfoques puristas y prescriptivos del pasado.

Claro que como no cabe hacer de la política cultural una isla, a un soberanismo republicano habría de acompañarle un concepto social igualitario y de bienestar, una especial protección de los espacios públicos populares, un ejercicio exquisito de la democracia representativa, una exigencia de respuestas válidas y exigibles desde las instituciones y una economía del conocimiento que ponga en el centro la cultura y la comunicación. En suma, un soberanismo solo podría ser integral: político, medioambiental, tecnológico, alimentario, de relaciones laborales, cultural-comunicativo, solidario,...

Bibliografía

- AA.VV. (2018). *Libro Verde del (de los) territorio(s) de Vasconia. Mapa conceptual y diagnosis participativa*. Eusko Ikaskuntza. www.eusko-ikaskuntza.org/files/galeria/files/Eusko_Ikaskuntza_Libro_Verde_2018.pdf
- Anderson, B. (1983). *Comunidades imaginadas Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.
- Herder, J.G. (1791, ed 1959). *Ideas para la Filosofía de la Historia de la Humanidad*, Buenos Aires: Ed. Losada.
- Hobbes, Thomas. (1651, edic 1980). *Leviatán, o La materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil* Mexico: FCE.
- Kymlicka, Will. (1996). *Ciudadanía multicultural. Una teoría liberal de los derechos de las minorías* Barcelona: Paidós.
- Locke, John. (1689, ed. 1990). *Segundo Tratado sobre el Gobierno civil*, Madrid: Alianza.
- Rawls, J. (1975). *Teoría de la justicia* México: Fondo de Cultura Económica.
- Rousseau, J.J. (1762, ed 1996). *Del contrato social. Discursos* Madrid: Alianza editorial.
- Taylor, Ch. (ed 2010). *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*. Mexico: FCE.
- Tocqueville, Alexis de. (1840, edic de 2018). *La democracia en América*, Madrid. Trotta.
- Torrealdai, J. M. (2018). *Asedio al euskera. Más allá del libro negro*. Donostia: Ttartalo.
- Walzer, M. (1987). *Las esferas de la justicia. Una defensa del pluralismo y la igualdad*. México: FCE.